

Dieron las ocho.

—Vamos, hay que levantarse, dijo; seríamos ridículos si siguiéramos en la cama.

Y bajó primero. Una vez acabada su *toilette*, ayudó galantemente á su mujer en todos los pequeños detalles de la suya, sin permitir que llamase á Rosalía.

En el momento de salir, la detuvo:

—¿Sabes? le dijo. Cuando estemos solos podemos tutearnos ya, pero delante de tus padres, más vale que esperemos un poco. Cuando volvamos de nuestro viaje de boda será natural.

Juana no salió hasta la hora de almorzar. Y así pasó el día, igual que todos, como si nada hubiera sucedido. Había otro hombre en la casa. Nada más.

V

Cuatro días después llegó la berlina que debía llevarlos á Marsella.

Pasadas las angustias de la primera noche, Juana habíase acostumbrado ya al contacto de Julián, á sus besos, á sus tiernas caricias, por más que no hubiera disminuído la repugnancia hacia sus íntimas relaciones. Le parecía guapo, le amaba, sentíase otra vez alegre y feliz.

Las despedidas fueron breves y nada tristes. Sólo la baronesa se presentó conmovida, y en el momento en que el carruaje iba á arrancar, puso en la mano de su hija una bolsa pesada, como si fuese de plomo.

—Para tus gastos de muchacha, dijo.

Juana se la guardó en el bolsillo, y los caballos arrancaron.

Ya por la tarde, le dijo Julián:

—¿Cuánto dinero hay en ese bolsillo?

La joven no pensaba ya en él; lo sacó y lo abrió en su falda, por donde se esparció una lluvia de oro: había dos mil francos. Juana palmoteó.

—Voy á hacer locuras, dijo, volviendo á guardar el dinero.

Al cabo de ocho días de marcha y con un calor terrible, llegaron á Marsella. Y al día siguiente el *Rey Luis*, un pequeño paquebot que iba á Nápoles, por Ajaccio, los llevaba en dirección á Córcega.

¡Córcega! ¡Los *Maquis*! ¡Los bandidos! ¡Las montañas! ¡La patria de Napoleón! Parecía á Juana que salía de la realidad para entrar, despierta, en el país de los sueños.

Juntos, y sobre el puente del buque, miraban cómo huían las costas de Provenza. El mar, inmóvil, de un fuerte color azul, como helado, como endurecido por la luz ardiente que caía del sol, se desenvolvía bajo el cielo infinito de un azul casi exagerado.

—¿Te acuerdas de nuestro paseo en la barca del tío Lastique? preguntó Juana.

En vez de responder, su marido le dió un beso en el cuello.

Las ruedas del vapor batían el agua, turbando su pesado sueño; y por detrás, una larga estela espumosa, una larga cola en que la onda agitada hacía espumas, como si fuera Champagne, alargaba, hasta que se perdía de vista, la alta silueta del buque.

De pronto, hacia adelante, á algunas brazas solamente, un enorme pescado, un delfín, saltó fuera del agua, sumergió la cabeza, y desapareció. Juana, sorprendida, tuvo miedo, exhaló un grito, y se apoyó en el pecho de Julián. Luego se echó á reír de su espanto, y miró con ansiedad, á ver si volvía á aparecer el animal. Al cabo de unos segundos le vió salir de nuevo, como si fuera un juguete mecánico. Después tornó á hundirse, y volvió á salir; luego fueron dos, después tres, hasta seis, que parecía como que andaban á ambos lados del vapor, escoltando á su monstruoso hermano, el pez de madera con natorias de hierro. Pasaban á la izquierda, volvían á la derecha, y ya juntos, ya uno á uno, como si estuvieran jugando á perseguirse, lanzábanse al aire de un salto, describiendo una larga curva, y luego se sumergían.

Juana palmoteaba, se estremecía, encantada,

cada vez que salían los enormes y hábiles andadores. Su corazón, presa de una loca é infantil alegría, saltaba como ellos.

De pronto desaparecieron. Una vez más volvieron á verlos, muy lejos, ya en alta mar; luego no se los vió, y durante unos cuantos segundos sintióse Juana apenada por su partida.

Llegaba la tarde; una tarde serena, dulce, radiante, bañada en luz; una tarde de paz. Ni un estremecimiento en el aire ó en el agua; y este reposo ilimitado del mar y del cielo se propagaba á las almas no turbadas por la menor agitación.

El sol se hundía lentamente allá abajo, hacia el Africa invisible; el Africa, la tierra abrasadora cuyos ardores creían sentir; pero algo así como una fresca caricia que no era ni la apariencia de una brisa, rozó sus rostros cuando el astro desapareció.

Los dos esposos no quisieron entrar en su camarote, donde sentían todos los horribles olores de los *paquebots*, y se tendieron sobre el puente, uno al lado de otro, envueltos en sus mantas. Julián se durmió en seguida; pero Juana, agitada por lo desconocido del viaje, permane-

cía con los ojos abiertos, mecida por el ruido monótono de las ruedas, y mirando por cima de ella las legiones de estrellas tan claras, de luz aguda, chispeante y como húmeda, en el puro cielo del Mediodía.

Sin embargo, á la madrugada se durmió. Ruidos, voces, la despertaron. Los marineros, cantando, arreglaban el barco. Sacudió á su marido, que seguía inmóvil, durmiendo, y se levantaron.

Bebía con exaltación el sabor de la bruma salada que la invadía hasta la punta de los dedos. El mar por todas partes. Sin embargo, allá delante, algo gris, algo todavía confuso en la aurora que despertaba, acumulación de nubes extrañas, puntiagudas, desdentadas, parecía flotar sobre las olas.

Luego distinguióse más todo esto; sobre el cielo, que se aclaraba, señaláronse más las formas; surgió una línea de montañas puntiagudas y raras; era Córcega, que aparecía como envuelta en una túnica ligera.

Y alzóse el sol detrás, dibujando en negras sombras los salientes de las crestas; luego encendiéronse todas las cumbres, mientras

el resto de la isla seguía envuelto en una bruma de vapores.

El capitán, un hombrecillo seco, curtido, encorvado, arrugado por los vientos duros y salados, se presentó sobre cubierta, y con voz enronquecida por treinta años de mando, gastada por los gritos exhalados en las borrascas, dijo á Juana:

—¿Huele usted á esa perdida?

Juana, en efecto, percibía un olor extraño y fuerte, olor de plantas, aromas salvajes.

El capitán continuó:

—Es Córcega, que florece así, señora. Ese olor es el suyo, olor de mujer linda. Después de veinte años de ausencia, la reconocería aunque pasase de largo, á cinco millas de distancia. Yo soy de aquí. Allá abajo, en Santa Elena, *él* habla del olor de su país, me han dicho. Es de mi familia.

Y, quitándose el sombrero, el capitán saludó á Córcega, saludó allá abajo, á través del Océano, al gran Emperador, prisionero, que era pariente suyo.

Sintióse Juana de tal modo conmovida, que á poco más rompe á llorar.

Luego el marino extendió el brazo hacia el horizonte:

—¡Los *Sanguinarios!* dijo.

Julián, en pie al lado de su mujer, la tenía cogida por el talle, y una y otro miraban á lo lejos para descubrir el punto señalado.

Por fin vieron unas cuantas rocas en forma de pirámides, que el buque rodeó bien pronto para entrar en un golfo inmenso y tranquilo, poblado de multitud de altas cimas, cuyas faldas aparecían cubiertas de musgo.

El capitán nombró esta vegetación:

—El *Maquis*.

A medida que se adelantaban, el círculo de montañas parecía cerrarse detrás del buque, que nadaba con lentitud en un lago de un azul tan transparente á veces, que dejaba ver el fondo.

Y la ciudad apareció de pronto, completamente blanca, en el fondo del golfo, á orilla de las olas, al pie de las montañas.

Unos cuantos buques italianos estaban anclados en el puerto. Cuatro ó cinco barcos vinieron á rondar alrededor del *Rey Luis*, buscando pasajeros.

Julián, que estaba reuniendo las maletas, preguntó en voz baja á su mujer:

—¿Te parece que bastará con que demos veinte *sous* al camarero?

Hacía una semana que á cada momento dirigía la misma pregunta á su mujer, que siempre se disgustaba al oírla. Algo impaciente, le contestó esta vez, como las demás:

—Cuando no se está seguro de dar lo suficiente, debe uno dar de más.

Continuamente discutía Julián con los fondistas y los camareros, con los cocheros, con los vendedores de cualquier cosa, y cuando, á fuerza de argumentos, obtenía una pequeña rebaja, por pequeña que fuese, decía á Juana, restregándose las manos:

—No me gusta que me roben.

Cuando traían una cuenta, echábase Juana á temblar, segura de antemano de que iba á hacer observaciones sobre cada cosa; humillada por estos regateos, avergonzándose hasta lo blanco de los ojos al ver las miradas desdeñosas de los criados, que seguían con la vista á su marido mientras tenían en la mano la propina insuficiente.

Con el barquero que los llevó á tierra tuvo también una cuestión.

Dirigiéronse á un hotel vacío, en la rinconada de una gran plaza, y se hicieron servir de almorzar.

Acabado el almuerzo, en el momento en que Juana se levantaba para ir á pasear por la ciudad, Julián, abrazándola, la dijo tiernamente al oído:

—¡Si nos acostáramos un poco, moninal...

Quedóse ella suspensa.

—¿Acostarnos? Pero... ¡si no estoy cansada! Él la apretó contra sí.

—Te deseo... ¿Comprendes? ¡Dos días yal... Púsose ella roja, avergonzada, y balbuceó:

—¡Oh! ¡Ahor! Pero ¿y qué dirá la gente? ¿Qué van á pensar? ¿Cómo, en pleno día, te vas á atrever á pedir un cuarto? ¡Oh, Julián! Te lo ruego...

Pero él la interrumpió:

—Me importa poco lo que pueden decir y pensar los criados de la fonda. Ya verás cómo yo lo digo.

Y llamó.

La jóven no hablaba; tenía los ojos bajos;

rebelábase en su alma y en su carne ante este incesante deseo del marido; le obedecía con asco, resignada, pero ofendida, viendo en esto algo de bestial, de degradante, algo sucio.

Sus sentidos dormían aún, y su marido, sin embargo, la trataba como si participara de su fuego.

Cuando llegó el mozo, le dijo Julián que los guiara hacia su cuarto.

El criado, que era un verdadero corso, velludo hasta en los ojos, no comprendía; aseguraba que el cuarto estaría preparado á la noche.

Julián, impaciente, se explicó:

—No, ahora mismo. Estamos cansados del viaje y queremos descansar.

Al oírle, una sonrisa se dibujó en los labios del mozo, y Juana sintió deseos de echar á correr.

Cuando, una hora más tarde, bajaron, la joven no se atrevía á pasar por delante de las gentes que se encontraba, persuadida de que iban á reírse y á cuchichear á espaldas suyas. En su interior quería mal á Julián porque no comprendía esto, porque no tenía esos finos pudores, esas instintivas delicadezas; y entre am-

bos sentía como un velo, un obstáculo, comprendiendo por primera vez que dos almas no se penetran nunca por completo, no confunden sus pensamientos; que andan al lado una de la otra, unidas á veces, pero jamás mezcladas, y que el ser moral de cada individuo permanece eternamente solo toda la vida.

Tres días permanecieron en aquella linda ciudad, oculta en el fondo de su golfo azul, cálida como un hornillo, tras su cortina de montañas, que no permite que llegue á ella el viento.

Después de redactar un itinerario para su viaje, y con objeto de no retroceder ante ningún paso difícil, decidieron alquilar caballos. Tomaron, pues, dos caballos corsos, de mirada feroz, delgados é incansables, y una mañana, al rayar el día, se pusieron en camino. Un guía los acompañaba, caballero en una mula, y llevaba las provisiones, porque las posadas son desconocidas en aquel país salvaje.

En un principio el camino seguía el golfo para hundirse bien pronto en un valle, poco profundo, que se dirigía hacia los grandes montes. Con frecuencia se atravesaban torrentes casi secos; algo así como un arroyo se movía

aún bajo las piedras, como una fiera allí oculta, y dejaba oír un tímido rumor.

El país inculto estaba completamente desnudo, al parecer. Los flancos de la costa aparecían cubiertos de altas hierbas, amarillas á la sazón. A veces encontraban un montañés á pie, ó montado en un caballejo, ó á horcajadas sobre un burro del tamaño de un perro. Y todos llevaban á la espalda el fusil cargado, antiguas armas herrumbrosas, que eran temibles en sus manos.

El acre perfume de las plantas aromáticas que cubren la isla parecía espesar el aire, y el camino iba elevándose lentamente por en medio de los largos repliegues de las montañas.

Las cumbres de granito azul ó rosa daban al vasto paisaje tonos de país de hadas; y en las pendientes más bajas, bosques de inmensos castaños parecían verdes zarzas, por lo gigantes que en este país son los relieves del suelo.

De cuando en cuando el guía, extendiendo la mano hacia algunas escarpadas alturas, decía su nombre. Juana y Julián miraban, no veían nada al pronto, y por fin descubrían algo gris, semejante á un montón de piedras desprendidas de la cumbre. Era una aldea, un lugarejo de

granito, pegado allí, colgado como un verdadero nido aéreo, casi invisible, sobre la inmensa montaña.

Este largo viaje al paso enervaba á Juana.

—Corramos un poco, dijo.

Y lanzó al galopé su caballo; luego, notando que su marido no la seguía, se volvió, y se echó á reír como una loca, al verle correr pálido, agarrado á la crin del animal, y dando saltos extravagantes. Su misma belleza, su rostro de «buen mozo» hacían más chistosos su miedo y su torpeza.

Pusiéronse á trotar poco á poco. Ahora el camino se extendía entre dos interminables montes que cubrían como un manto toda la costa.

Era el *Maquis*, el impenetrable *Maquis*, formado de encinas verdes, enebros, madroños-jentiscos, alaternas, tomillos, bojés que enlazaban, mezclándolos á modo de cabelleras, clemátides trepadoras, helechos monstruosos, madre, selvas, romeros, alhucemas, espinos, tendiendo sobre la espalda de los montes un vellón inexplorable.

Tenían hambre. El guía se reunió á ellos y

los condujó hasta una de esas fuentes encantadoras, tan frecuentes en los países montañosos delgado hilo de agua helada que sale por un agujerillo abierto en la roca y corre por el borde de una hoja de castaño, dispuesta por un pasajero para llevar hasta su boca la menuda corriente.

Juana se sentía tan dichosa, que tenía que contenerse para no prorrumpir en gritos de alegría.

Volvieron á ponerse en marcha, y empezaron á bajar, rodeando el golfo de Sagone.

Al caer la tarde atravesaron por Cargese, aldea fundada antiguamente por una colonia de fugitivos arrojados de su patria. Altas mozas de talle elegante, manos largas, cuerpo esbelto, graciosas sobre todo, formaban grupo en torno de la fuente. Julián las dió las buenas tardes, y le respondieron con voz melódica en la lengua armoniosa del país abandonado.

Al llegar á Piana, hubieron de pedir hospitalidad como en los tiempos antiguos. Juana temblaba de alegría, esperando que se abriese la puerta á que Julián había llamado. ¡Oh! ¡Aquello era viajar! Viajar con todo lo imprevisto de los caminos inexplorados.

Precisamente fueron á dar con un matrimonio joven, que les recibió como los patriarcas recibían al huésped enviado por Dios, y durmieron sobre una cama de maíz, en una antigua casa cubierto de musgo, cuyo armazón roído de gusanos, surcado por esa polilla que se come las vigas, chascaba, parecía vivir y suspirar.

Salieron al levantarse el sol, y á poco se detuvieron delante de un bosque, un verdadero bosque de granito teñido de púrpura. Había allí picos, columnas, espadañas, figuras sorprendentes modeladas por el tiempo, el viento y la bruma del mar.

De una altura hasta de trescientos metros, delgadas, redondas, retorcidas, deformes, imprevistas, fantásticas, estas rocas sorprendentes semejabán árboles, plantas, hombres, monumentos, frailes con hábitos, diablos cornudos, pájaros desmedidos, todo un pueblo de monstruos, una casa de fieras producto de una pesadilla, petrificada por la voluntad de algún dios extravagante.

Juana, que sentía su corazón oprimido, no hablaba, y cogió la mano de Julián y la estrechó,

invadida por la necesidad de amar, ante esta belleza de las cosas.

Y de pronto, saliendo de aquel caos, descubrieron un nuevo golfo ceñido completamente por una muralla sangrienta de granito rojo, cuyas rocas, color de escarlata, se reflejaban en las azules ondas.

Juana balbuceó: «¡Oh Julián!» sin encontrar más palabras que éstas, conmovida de admiración, como ahogada; y dos lágrimas brotaron en sus ojos. Él, asombrado, la miraba, preguntando:

—¿Qué tienes, monina?

Secóse ella las mejillas, sonrió, y con voz que temblaba un poco:

—No es nada, dijo. Los nervios... No sé... Me he sentido absorta. Soy tan feliz, que la cosa más pequeña me llega al corazón.

Julián no comprendía estos enervamientos femeninos, las sacudidas de estos seres vibrantes á quienes un nada enloquece, á quienes un entusiasmo sacude como una catástrofe, á quienes una sensación inenarrable revuelve, trastorna de alegría, desespera.

Aquellas lágrimas le parecían ridículas, y

preocupado completamente por las penalidades de la marcha, le dijo:

—Mejor sería que cuidases de tu caballo.

Por un camino casi intransitable bajaron hasta el fondo de este golfo, volviendo luego á la derecha para costear el sombrío valle de Ota.

Pero el sendero se anunciaba terrible. Julián propuso:

—Si subiésemos á pie...

Ella no pedía otra cosa, encantada de andar, de estar sola con él después de la emoción que hacía un momento había sentido.

El guía echó hacia adelante con la mula y los caballos, y ellos siguieron lentamente.

La montaña, hendida de arriba á abajo, se entreabría. El sendero se hundió en esta brecha. Sigue el fondo entre dos prodigiosas murallas, y un ancho torrente recorre la grieta. El aire es helado, el granito parece negro, y lo que desde abajo se ve del cielo azul, asombra y aturde.

Un rumor repentino hizo estremecer á Juana. Alzó los ojos; un pájaro enorme salía volando de su agujero: era un águila. Sus alas, abiertas, parecían tocar las dos paredes del pozo, y subió hasta lo alto, en donde desapareció.

Más allá, desdóblase la hendidura del monte; el camino trepa entre los dos valles, en bruscos ziszás. Juana, ligera y alocada, iba delante, haciendo rodar los guijarros bajo sus pies, inclinándose intrépidamente sobre los abismos. Julián la seguía, sofocado, con la vista clavada en tierra, por temor al vértigo.

De pronto el sol les inundó; les pareció que salían del infierno. Tenían sed; una huella húmeda les guió, á través de un caos de piedras, hasta una fuente pequeñísima, canalizada en una caña hueca para uso de los cabreros. Una alfombra de musgo cubría el suelo alrededor. Juana se arrodilló para beber, y Julián hizo lo mismo.

Y conforme saboreaba ella la frescura del agua, tomola él del talle y trató de robarle su puesto al extremo del caño de madera. Ella resistió; los labios, al chocar, se encontraban, se rechazaban. En las peripecias de la lucha uno y otro cogían el delgado extremo del tubo y le mordían para no soltarle. Y el hilo de agua fría, cogido y soltado sin cesar, se rompía y se ataba, rociaba los rostros, los cuellos, los trajes, las manos. Gotillas semejanter á perlas lucían

en los cabellos. Y la corriente se llevaba besos amorosos.

De pronto Juana tuvo una inspiración de cariño. Llenó su boca del claro líquido, y con las mejillas hinchadas á modo de odres hizo entender á Julián que quería darle de beber.

Él alargó el cuello, sonriente, la cabeza echada para atrás, los brazos abiertos, y bebió de un trago en aquella fuente de carne viva, que le vertió en las entrañas un ardiente deseo.

Juana se apoyaba contra él con inusitada ternura; su corazón latía; sus pechos se levantaban; sus ojos parecían cerrarse, empapados en agua. Murmuró en voz baja:

—Julián... te amo.

Y atrayéndole á su vez, se tendió en el suelo, y ocultó entre sus manos el rostro, enrojado de vergüenza.

Él se tendió juntó á ella, abrazándola con transporte. La joven jadeaba con enervadora expectación, y de pronto exhaló un grito, herida, como por el rayo, por la sensación que provocaba.

Tardaron mucho tiempo en transponer la cuesta, por lo palpitante y cansada que ella iba, y

hasta la tarde no llegaron á Evisa, á casa de un pariente de su guía: Paoli Palabretti.

Era éste hombre de gran estatura, algo encorvado, y tenía el aire sombrío de un tísico. Los condujo á su habitación; un triste cuarto de piedra lisa, pero hermosa para un país en que se ignora toda belleza; expresaba en su lenguaje *patois corso*, baturrillo de francés y de italiano, el placer que tenía en recibirlos, cuando le interrumpió una voz clara, y una mujercilla morena, con grandes ojos negros, piel tostada por el sol, talle estrecho, dientes que una risa continua tenía siempre al descubierto, entró, abrazó á Juana, tendió la mano á Julián, repitiendo:

—Buenos días, señora; buenos días, señor; estamos bien.

Se llevó los chales, los sombreros, echándoselo todo sobre un brazo, porque tenía el otro en cabestrillo, y luego hizo salir á todos, diciéndole á su marido:

—Llévalos á pasear hasta la hora de comer.

Palabretti obedeció al punto; se colocó entre los dos jóvenes y les enseñó la aldea. Arrastraba sus pies y sus palabras, tosiendo con frecuencia y repitiendo á cada golpe de tos:

—Es el aire del Val, que es muy fresco y se me ha metido en el pecho.

Los llevó, por una senda extraviada, bajo unos castaños enormes. De repente se detuvo, y con su voz monótona:

—Aquí fué muerto mi primo, Juan Rivaldi, por Mateo Lori. Mirad; yo estaba allí, cerca de Juan, cuando se presentó Mateo á unos diez pasos de nosotros. «Juan—exclamó—no vayas á Albortacce; no vayas, Juan, ó te mato; te lo digo.» Yo cogí á Juan de un brazo: «No vayas, Juan; te mataría.» Se trataba de una joven, Paulina Sinacompi, á quien los dos galanteaban. Pero Juan empezó á gritar: «Iré, Mateo; no serás tú quien me lo impida.» Entonces Mateo bajó su fusil antes que yo pudiese preparar el mío, y tiró. Juan dió un salto terrible, como un niño que baila en la cuerda, sí, señor, y me cayó de lleno sobre el cuerpo, tanto, que se me escapó el fusil y rodó allá abajo, hasta aquel castaño grande que hay allí. Juan tenía la boca muy abierta, pero no dijo una palabra: estaba muerto.

Los jóvenes miraban, estupefactos, al tranquilo testigo de aquel crimen. Juana preguntó:

—¿Y el asesino?

Paoli Palabretti tosió largo rato, y luego añadió:

—Ganó la montaña. Al año siguiente le mató mi hermano. Ya sabéis, mi hermano Filippo Palabretti, el bandido.

Juana se estremeció:

—¿Vuestro hermano? ¿Un bandido?

Un relámpago de orgullo pasó por los ojos del corso, que continuó:

—Sí, señora; un bandido famoso, que había tumbado patas arriba á seis gendarmes. Fué muerto con Nicolás Morali cuando, cerca de en el Niolo y después de seis días de lucha, iban á morir de hambre.

Y añadió con resignación:

—«Eso lo da el país,» con el mismo tono con que hubiera podido decir: «El aire del Val, que es fresco.»

Volvieron á comer, y la joven corsa les trató como si los hubiera conocido hacía veinte años.

Juana estaba preocupada, inquieta. ¿Volvería á encontrar en los brazos de Julián aquella extraña y vehemente sacudida de los sentidos que

había experimentado sobre el musgo de la fuente?

Cuando estuvieron solos en el cuarto, temblaba, porque tenía miedo á permanecer insensible bajo sus besos. Pero se tranquilizó bien pronto, y aquella fué su primera noche de amor.

Y al otro día, á la hora de partir, no se decidía á dejar aquella humilde casa, en que la parecía que había empezado para ella una nueva felicidad.

Llamó á su cuarto á la mujercilla de su huésped, y, estableciendo de antemano que no quería regalarla nada, insistió, hasta incomodarse, en que la enviaría desde París, á su regreso, un recuerdo, un recuerdo al que unía una idea casi supersticiosa.

La joven corsa resistió mucho tiempo, porque no quería aceptar nada; pero acabó por aceptar.

—Pues bien, dijo: enviadme una pistola; una pequeñita.

Juana abrió sus ojos. La corsa prosiguió en voz baja, al oído, como quien confía un dulce é íntimo secreto:

—Es para matar á mi cuñado.

Y, sonriéndose, desató vivamente las vendas que envolvían su brazo en cabestrillo, y luego, enseñando su carne blanca y redonda, atravesada de parte á parte por una cuchillada, ya en cicatrización:

—Si no tuviese tantas fuerzas como él, me habría matado. Mi marido me conoce; no es celoso; además, como veis, está enfermo, y esto le calma la sangre. Además, yo soy una mujer honrada, señora; pero mi cuñado cree todo lo que le dicen. Es celoso por mi marido, y seguramente volverá á empezar. De modo que si yo tuviese una pistolita, estaría tranquila, porque tendría la certeza de vengarme.

Juana prometió enviar el arma; abrazó con ternura á su nueva amiga, y continuó su marcha.

El resto de su viaje no fué más que un sueño, un encanto sin fin, una borrachera de caricias. No vió nada, ni los paisajes, ni las personas, ni los lugares donde se detenía. No veía más que á Julián.

Entonces empezó la intimidad infantil y encantadora de las niñerías del amor, las palabritas tontas y deliciosas, el bautizar con nombres preciosos todos las formas, contornos y

repliegues de sus cuerpos, en que ambos se complacían.

Al llegar á Bastia hubo que pagar al guía. Julián registró sus bolsillos. No hallando en ellos lo que necesitaba, dijo á Juana:

—Ya que no gastas los dos mil francos de tu madre, dámelos, y yo los llevaré. Estarán más seguros en mi cinto, y así no tendré que cambiar.

Juana le alargó su bolsillo.

Ganaron Livourne, visitaron Florencia, Génova, toda la Carniche.

Una mañana de mistral se encontraron en Marsella.

Habían pasado dos meses desde que salieron de los *Pueblos*. Era el 15 de Octubre.

Juana, sobrecogida por el viento frío que al parecer venía de allá abajo, de la lejana Normandía, se sentía triste. Hacía algún tiempo que Julián parecía cambiado, hartó, indiferente; y sin saber por qué, tenía miedo.

Cuatro días tardaron aún en emprender su viaje de regreso, no acabando de decidirse á dejar aquel buen país del sol. Parecíale á la joven que volvía del país de la felicidad.

Por fin se fueron.

Debían hacer en París todas sus compras para su definitiva instalación en los *Pueblos*, y Juana se regocijaba ante la idea de adquirir una porción de maravillas, gracias al regalo de mamá; pero en lo que primero pensó fué en la pistola que había prometido á la joven corsa de Evisa.

Al día siguiente de su llegada dijo á Julián:

—Querido, ¿quieres devolverme el dinero de mamá, porque voy á hacer mis compras?

Volvióse Julián hacia ella con cara de disgusto:

—¿Cuánto necesitas?

Ella balbuceó, sorprendida:

—Pues... lo que quieras.

Él continuó:

—Voy á darte cien francos; sobre todo, no los malgastes.

Juana, confusa y suspensa, no sabía qué decir. Por fin añadió, vacilando:

—Pero es que yo... te había dado ese dinero... para...

Él no la dejó concluir:

—Sí, perfectamente. Esté en tu bolsillo ó en

el mío, ¿qué más da, puesto que uno y otro tenemos un solo dinero? No te lo niego, me parece, puesto que te doy cien francos.

Sin añadir una palabra, cogió ella las cinco monedas de oro; pero no se atrevió á pedirle más, y no compró más que la pistola.

Ocho días después se pusieron en camino para los *Pueblos*.